

ran obras de circunstancias y versiones pianísticas de obras que tuvieron otro vehículo instrumental natural, el volumen de la producción turiniana para su instrumento predilecto es imponente. Puede preguntarse el lector, si a bien lo tiene, sobre cuántas obras pianísticas de turina conoce o, sencillamente, ha escuchado en concierto. La proporción, a buen seguro, será muy pequeña y, aunque este hecho de ninguna manera es único, en el caso de Turina resulta especialmente injustificado precisamente por las características de esta producción. Obviamente, serían los casos de Albéniz y Granados los más susceptibles de comparación con el de Turina, y la diferencia salta a la vista: mientras que tanto en Albéniz como en Granados encontramos una enorme distancia de calidad entre unas obras y otras, la producción pianística turiniana es fundamentalmente homogénea. Turina no aportó ninguna obra de la hondura y trascendencia de *Iberia*, ni siquiera de *Goyescas* si se quiere, pero desde sus primeras obras pianísticas —*Sevilla*, *Sonata romántica sobre un tema español*, *Rincones sevillanos*, *Tres danzas andaluzas*, *Recuerdos de mi rincón...*— su pianismo es importante y, sobre todo, perfectamente definido estilísticamente, cosas ambas que difícilmente se pueden aplicar a sus ilustres colegas antecesores. Sin duda, la cantidad de obra ha sido un obstáculo para la normal difusión de tantas partituras meritorias que siguen esperando a que se rompa la inercia programa-

dora, cosa deseable porque, aunque no haya en el piano de Turina ningún tesoro trascendental marginado, sí hay obras que merecen ser conocidas y pueden aportar variedad a los programas sin mengua de interés musical.

MÚSICA DE CÁMARA

Finalmente, en el terreno de la música de cámara es donde podemos encontrar al Turina más competitivo, por emplear el mismo término de antes, tan en boga. Porque no sólo dio el maestro sevillano en él lo mejor de su invención musical —esa es nuestra opinión, al menos—, sino que el *corpus* de esta aportación, en cantidad y en calado, es sensiblemente superior al de sus colegas practicantes de la estética nacionalista antes, a la

vez y después que Turina: Albéniz, Granados, Falla, Esplá, Guridi, Mompou, los Halffter, Rodrigo... Obras aisladas admirables de alguno de ellos pueden parangonarse con lo más selecto producido por Turina en este campo; en algún contadísimo caso —léase el *Concerto* de Falla—, ninguna obra camerística de Turina alcanza una comparable altura estética..., pero, como bloque, la aportación turiniana a la música de cámara reclama primerísimo plano en tal panorama. Gusta especialmente apuntar esto en la introducción a un ciclo en el que, en dos conciertos, se van a reponer hasta siete composiciones significativas de esta parcela instrumental: las tres obras para trío con piano y lo esencial de su música para violín y piano.

Trio Mompou, intérpretes del tercer concierto.

